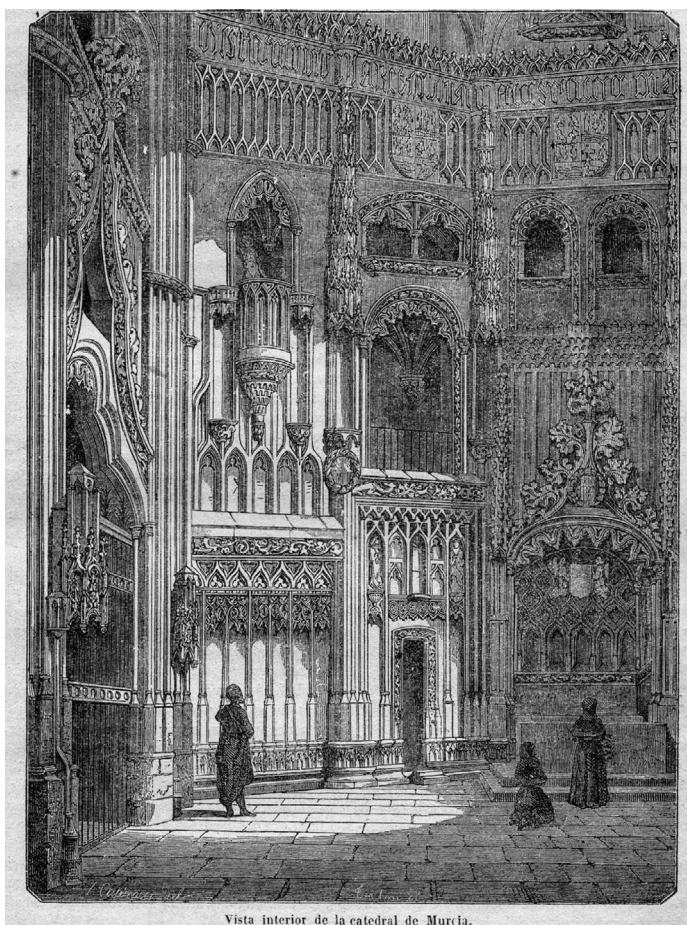


## LA GOLONDRINA Y LA CATEDRAL DE MURCIA \*



Vista interior de la catedral de Murcia.

Fig. 7. Vista interior de la catedral de Murcia, p. 97.\*\*

\* s. f., «Estudios de viajes. La golondrina y la catedral de Murcia», *Museo de las Familias*, X (25 de mayo de 1852), pp. 97-99. II.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002554446&search=&lang=en>

Hay numerosas coincidencias entre este artículo y el firmado por C. de C., «L'Hirondelle de Murcie. Épisode de la guerre d'Espagne (1808)», *Musée des Familles*, XVIII, núm. 25 (abril de 1855), pp. 193-194.

\*\* La ilustración reproduce la insertada en el artículo de *Musée des Familles*.

Magnífico y sorprendente es el efecto que produce la catedral de Murcia, tanto en su exterior como en su parte interior: atesora en su centro algunas preciosidades dignas de la mayor atención por su antigüedad y buen gusto. Cuando la silla episcopal de Cartagena se trasladó a la de Murcia, la catedral se instaló en la iglesia de Santa María de Gracia, reedificándose a mediados del siglo pasado: el coro era muy pequeño, carecía la iglesia de torre, y la puerta principal estaba dentro del claustro mayor. Esta iglesia perteneció por aquel tiempo al convento de los Templarios, habiendo sido mezquita de los moros en la antigüedad. Continuó siendo catedral hasta el año de 1320, época en que el señor don Pedro Peñaranda, obispo de la diócesis, la mandó demoler, y en el mismo sitio se reedificó la segunda, y en 1388 don Francisco Pedrosa, llevado de un espíritu altamente religioso, empezó al lado de aquella a la que hoy existe, y quedó habilitado el templo el año de 1467. En 1737 se dio principio a la fachada principal, la que por su magnitud y sencillez se considera como una de las mejores obras de España en el arte arquitectónico.

Es toda ella de sillería y de tan extraordinaria delicadeza que es la admiración de los extranjeros. Consta de varios cuerpos. El primero, que por su esbeltez puede llamarse colosal, está colocado sobre un zócalo o pedestal corrido de piedra negra pulimentada y cubierta de escultura del mejor gusto; es del orden corintio, embellecido con todo el adorno que exige el arte: sus columnas pareadas dan cabida a varios nichos en que se ven colocadas las obras de los mejores artistas españoles. El segundo es del orden compuesto, enriquecido más que el anterior; el todo de la fachada camina en figura piramidal, por ser la que da más realce a esta clase de monumentos; toda ella está adornada con multitud de relieves, estatuas y otros adornos de gran mérito.

Pasando al interior del templo por una de las grandes entradas que hay en esta fachada, se ve que la fábrica de este templo pertenece al estilo semigótico: sorprende a primera vista la elevación de un cuerpo de luces con su cúpula de arquitectura grecorromana, que, unida al resto del templo, constituyen por su enlace mutuo un solo edificio.

En el extremo oriental de la nave principal está situada la capilla mayor, cuyos muros se hallan cubiertos de escultura gótica dorada, con estatuas de reyes y santos en nichos laboreados con puntiagudos doseles. A la izquierda, conforme se entra, está la urna sepulcral con las entrañas del rey don Alonso el Sabio, en la que hay una inscripción que dice:

*Aquí están las entrañas del S. R. D. Alonso, el cual, muriendo en Sevilla, por la gran lealtad con que nuestra catedral de Murcia le sirvió en sus adversidades, se mandó sepultar en ella.*

Al lado opuesto se halla la que contiene las reliquias de san Fulgencio y santa Florentina. En el centro del presbiterio se eleva otra de plata, con los cuatro evangelistas, cuyas gradas y frontón son de aquel metal. Es una de las preciosidades de este templo; se construyó en Valencia a principios del siglo pasado, y tiene noventa y cinco onzas de oro y seiscientos veintidós esmeraldas. El copón de oro que reserva esta urna es otra de las preciosidades artísticas: pesa ciento veinte onzas y fue costado por don Franco Lucas Guill, chantre de esta catedral.

Siguiendo el orden que nos hemos propuesto, sobresalen en el género gótico las capillas del marqués de los Vélez y la de Junterón. La primera es una de las mejores de esta iglesia por su capacidad y elegante forma, como verán nuestros lectores por el adjunto grabado.

Forma un octógono de dos lados desiguales con grande altura y copiosas luces, y por fuera presenta la forma de un verdadero castillo de piedra con sus fuertes estribos y graciosas almenas. Su interior está magníficamente adornado al estilo gótico con pilares que reciben los arcos que forman la bóveda por arista. Los muros están decorados con delicados follajes y varias figuritas sobre repisas cubiertas con doseletes calados. La entrada la componen tres arcos con abundancia de calados que llegan hasta sus claves.

La torre es justamente admirada por todos los viajeros. La sillería del coro es obra del presente siglo, pues se colocó el año de 1803; toda ella es de nogal y caoba y está concluida con extremada delicadeza. En la sacristía hay un bajorrelieve de nogal de esmerado gusto que representa el descendimiento de Nuestro Señor. Las alhajas, vasos sagrados y ornamentos de esta catedral son de una riqueza y valor extraordinarios y de un grande mérito artístico, reputándose con razón esta basílica por una de las más ricas de España.

Circunscritos a dar solamente una ligera idea de este notable edificio, no nos extenderemos más y completaremos nuestro artículo refiriendo a nuestros lectores un episodio histórico coetáneo a la guerra de la Independencia, y es como sigue.

El 24 de mayo de 1808, en el momento en que la España entera se levantaba contra José Bonaparte con un patriotismo heroico, rezaba un joven en la catedral de Murcia, delante de las molduras de piedra de la capilla Marquesa.

Este joven era un comerciante francés, llamado monsieur Charles B\*\*\*, que acababa de sustraerse al degüello de sus compatriotas, encerrados con él en la sacristía de la basílica. Le había libertado de esta desgracia un íntimo amigo suyo, miembro de la junta, quien le había mandado le esperase en la capilla.

Ahora bien, monsieur B\*\*\* había dejado un padre, un anciano, víctima del furor de los enemigos, y no podía resignarse a obedecer a su salvador, que solo a él le había concedido el salvoconducto que llevaba consigo.

Mientras que pedía a Dios una inspiración, distraían de un modo funesto su atención los clamores confusos y continuados que se oían por todos los ángulos de la catedral.

Era el populacho insurrecto y ebrio de cólera que llegaba allí a reclamar su presa, gritando:

—¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los franceses!

Y las armas blancas reflejaban al través los rayos del sol, y los tiros disparados al aire anunciaban la suerte desdichada que les esperaba a los pobres prisioneros de la sacristía.

Al ruido de los tiros, una bandada de golondrinas se escapó de las galerías del monumento y distrajo, ¡oh, ligereza popular!, la atención de los sublevados y la del mismo monsieur B\*\*\*.

Estas aves de la primavera presentaron a sus ojos un espectáculo extraño y sublime al mismo tiempo. En lugar de alejarse después de su primer arranque, se replega-

ron en orden hacia la iglesia y comenzaron a revolotear piando en derredor de un ángulo de la fachada.

Una golondrina que había estado cautiva el día anterior en poder de algún niño (en semejante edad se tiene poca compasión), y que arrastraba todavía un hilo atado a una de sus patitas, se encontraba detenida por este hilo, enredado en los relieves de una escultura.

Como lo habían presenciado las demás, renunciaron a la fuga, y alentaban con sus fuertes píos los esfuerzos de la prisionera.

Pero esta aleteaba y no podía conseguir su objeto.

Entonces la golondrina que conducía la bandada vuela directamente hacia el hilo tendido por su compañera y le toca al paso, dándole un vigoroso picotazo. Todas llegan en seguida para hacer otro tanto, pero ¡ay!, inútilmente, pues la cadena resistía, excediendo a los ataques...

Durante este tiempo un hombre sin corazón, un hombre embriagado probablemente, dispara un tiro contra el batallón alado.

Dispérsase al instante, pero se reorganiza de nuevo y vuelve a la carga con doble ardor. Comienza el desfile y se redoblan los picotazos hasta que logran romper el hilo, y todas las golondrinas desaparecen cantando la libertad de la cautiva que la conducen en son de triunfo.

¡Todas es mucho decir! Una de ellas, herida por un segundo disparo, balanceó en el aire y cayó ensangrentada a los pies de monsieur B\*\*\*.

—Pobre avecilla —dijo el joven francés—, muerta por salvar a su compañera... ¿Y yo seré capaz de huir solo? No, jamás... Yo pedía a Dios un consejo y él acaba de dármelo: ¡quiero seguirlo!

Vuelve a entrar en la iglesia, corre a la sacristía, saca de allí a su padre, mostrando la firma del miembro de la junta, y desarma a esta con la significativa historia de la golondrina.

Este francés se halla actualmente en Madrid, y ayer noche me refería este suceso en el Café Suizo, y le encontré digno de referirse a los lectores del *Museo* y a todo el mundo.

Esta historieta hubiera podido formar uno de los más interesantes capítulos de una obra recientemente publicada bajo el título de *Espíritu de los animales*.

Si los hombres todos modelaran sus sentimientos con los instintos de estas golondrinas, las guerras civiles serían menos frecuentes y menos terribles, porque los pueblos imitarían, como monsieur B\*\*\*, el noble ejemplo de unión y desinterés ofrecido a la humanidad por un pájaro.